

LA O.3

POR ROBERTO
CONVERTIARQUITECTO, SOCIO
TITULAR DE OFICINA
URBANA

Recuperar el Centro porteño para la gente

El espacio público, sobre todo en el microcentro, es un sitio sin estímulos éticos ni estéticos que inspiren a los ciudadanos la obligación de cuidarlo.



Las novedosas restricciones a los vehículos particulares para transitar en el área del microcentro porteño y las reacciones que motivaron pueden servir para disparar el debate acerca de un viejo interrogante. Se trata del referido a las condiciones y reglas que los ciudadanos están dispuestos a dar por válidas cuando habitan una ciudad de las características y dimensiones de Buenos Aires. En principio, es obvio que la medida responde a los reclamos

públicos sobre la calidad del tránsito, y que se inspira en una visión urbana y ambiental que tiende a moderar los movimientos vehiculares, dar más tranquilidad a los circuitos peatonales y facilitar los tiempos del transporte público. Es sabido también que normativas como esta ya fueron adoptadas y verificadas en muchas ciudades del mundo. Sin embargo, cualquier interesado en conocer la opinión de la ciudadanía sobre este tema, con

solo leer al pie de la información online de los diarios que han publicado la noticia se sorprenderá al ver la enorme cantidad de comentarios defendiendo el actual estado de situación y cuestionando el cambio. Los argumentos que esgrimen son variados: desde la dificultad y el costo adicional que les genera la restricción a quienes vienen de zonas lejanas o la molestia de tener que hacer nuevos o más extensos recorridos, hasta objeciones técnicas sobre la cali-

dad de la decisión, juicios políticos referidos a quien implementó la medida, e incluso el calor o el frío que sufrirá quien tenga que caminar hasta su destino. Para intentar dar una respuesta a cómo satisfacer con una sola medida de control de tránsito a tantas o más demandas, resulta interesante ampliar la observación hacia todo el conjunto de comportamientos urbanos que pueden observarse en la misma zona del microcentro, y hacer un listado sobre otros acontecimientos que, aún perteneciendo a un catálogo diferente de ejemplos, merecen ser analizadas para comprender qué tipo de normas validan o no la existencia de cada uno de ellos.

Así, podemos tomar nota del comportamiento de motos, bicicletas, colectivos y camiones, cada uno y cada cual con su tipo, forma y estilo de movimiento, de espera, de descarga y estacionamiento; peatones que cruzan por donde quieren, hablando por teléfono o escuchando música; manifestaciones que ocupan y dividen esta zona de la ciudad; la venta libre de "manteros" en calles y avenidas; repartidores de invitación a casas de sexo, a comer hamburguesas o a comprar ropa de cuero; "trapitos" ordenando el estacionamiento; tránsito diurno y nocturno de cartoneros a cargo del reciclaje de residuos; personas que habitan plazas, calles o plantas bajas de edificios; la práctica de malabaristas y la oferta de productos variados durante la espera de la luz verde de los semáforos. La lista podría ser infinita. Pareciera que estos ejemplos nada tienen que ver con la restricción del tránsito en el microcentro; sin embargo, hay cuestiones en común a todas estas cuestiones. Sucede que, en esta zona de la ciudad, el espacio público se ha transformado en un laberinto de acciones independientes y exigencias sociales; en un lugar

donde toda práctica, reclamo o demanda defiende su razón e identidad para definir allí su propio territorio, regido por sus necesidades que, sin duda, son apremiantes

Estas circunstancias demuestran que la ciudad no es tan solo el resultado de la puesta en práctica de políticas planificadas, sino que nuestra comunidad orienta sus recorridos cotidianos a través de criterios múltiples y subjetivos, reglas personales o emociones y, en ese contexto, el ciudadano le ha dado un nuevo significado a la palabra calle. Hoy la calle se ha transformado en un sitio sin estímulos éticos ni estéticos: es un sitio de tránsito sin referencias significativas que obligue a sus ciudadanos a su admiración y cuidado.

Sin embargo, en el Centro está el origen de nuestra ciudad, es un sitio simbólico con una historia extraordinariamente rica en costumbres y valores culturales y con un excelente catálogo arquitectónico. Por estas virtudes, es fundamental apostar a darle al área central de Buenos Aires una identidad renovada mediante técnicas de gestión que interpreten y resuelvan los diversos intereses de la comunidad y faciliten una mejor convivencia ciudadana, adecuada al espíritu de los actuales hábitos sociales.

No basta un conjunto de obras o normas, por más importante que sean, para cambiar el paisaje del centro de la ciudad. Es necesario un proceso de refundación, fundamentado en acciones integrales y pedagógicas que fomenten cambios trascendentales sobre los comportamientos urbanos, que alienten el uso del espacio para el disfrute y el encuentro. Por eso, transformar el Centro debe ser una referencia en sí misma, para convivir mejor y sentirnos orgullosos de nuestra ciudad. «